

# Susanna Tamaro

## ANIMA MUNDI



La nueva novela de la autora de  
**DONDE EL CORAZÓN TE LLEVE**

Seix Barral



Biblioteca Breve

## Índice

PORTADA

CITA

FUEGO

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

TIERRA

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

VIENTO

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

NOTAS

CRÉDITOS

No te asombres si he dicho: debéis nacer de nuevo. El viento sopla donde quiere: uno lo siente, pero no puede decir de dónde viene ni adónde va. Lo mismo ocurre con el que ha nacido del Espíritu.

Juan 3.7, 8

# FUEGO

## I

En el principio era el vacío. Después el vacío se contrajo, se hizo más pequeño que una cabeza de alfiler. ¿Fue por su voluntad o algo le obligó? Nadie lo puede saber, lo que está demasiado comprimido, al final, estalla, con rabia, con furor. Del vacío surgió un insoportable resplandor, se esparció por el espacio, ya no había tinieblas, allá, sino luz. De la luz nació el universo, esquirlas enloquecidas de energía proyectadas en el espacio y en el tiempo. Corriendo, corriendo formaron las estrellas y los planetas. El fuego y la materia. Hubiera podido bastar con esto, y sin embargo no fue así. Las moléculas de aminoácidos, milenio tras milenio, siguieron modificándose hasta que apareció la vida: microscópicos seres unicelulares que, para respirar, necesitaron una bacteria. Desde allí, desde aquellas charcas primordiales, con un movimiento progresivo de orden, se inició toda forma viviente: los grandes cetáceos de los abismos y las mariposas, las mariposas y las flores que hospedaban sus larvas. Y el hombre, que, en vez de andar a cuatro patas, se irguió sobre dos. De cuatro a dos el asunto cambia, el cielo está más cerca, las manos quedan libres: cuatro dedos que se mueven y un pulgar oponible pueden cogerlo todo. Entonces hay libertad, dominio del espacio, acción, movimiento, la posibilidad de forjar orden o desorden. Mientras el universo se abre, las estrellas están cada vez más lejos, huyen hacia los bordes como bolas de billar. ¿Todo esto lo ha hecho alguien o ha avanzado por su cuenta, con la inercia de un alud? Se dice: la materia tiene sus leyes, a aquella temperatura y en aquellas condiciones no podía hacer sino esto, el universo. El universo y la minúscula galaxia, y den-

tro, suspendido, el jardín florido de la Tierra. Un centenar de especies de plantas y animales habría sido más que suficiente para transformar nuestro planeta en algo diferente de los demás. En cambio, hay docenas y docenas de miles de formas diversas de vida, ningún hombre podría aprender a conocerlas todas en el decurso de una sola existencia. ¿Despilfarro o riqueza? Si la materia tiene sus leyes, ¿quién ha hecho las leyes de la materia? ¿Quién ha puesto orden? ¿Nadie? ¿Un dios de la luz? ¿Un dios de las sombras? ¿Qué espíritu alienta a aquel que, al programar una cosa, programa también su destrucción? Y, en definitiva, ¿qué importancia puede tener? Nosotros estamos en medio, constantemente aplastados entre los dos principios. Una forma fugaz de orden, las células se aglomeran en nuestro cuerpo, en nuestro rostro. Nuestro rostro tiene un nombre; el nombre, un destino. El final del recorrido es igual para todos, el orden va raleando, se convierte en desorden: las enzimas parten con sus órdenes y ya no encuentran a nadie que las reciba. Mensajeras de un ejército que ya no existe en ninguna parte. Alrededor, el silencio sordo de la muerte.

Orden, desorden, vida, muerte, luz, sombra. Desde el momento en que había tomado conciencia de mi existir, no había hecho más que pensar en esto, pensaba preguntas a las que nadie podía dar respuesta. Tal vez la sabiduría es solamente esto: no plantearse preguntas. No soy sabio, no lo he sido nunca. Mi elemento no es el cuarzo, sino el mercurio. Materia inestable, movediza, febril. El azogue destinado a moverse siempre. Y siempre en el desorden.

Pensaba en estas cosas apoyado contra la verja del cementerio mientras esperaba al cadáver de mi padre. Hacía frío, soplabla el viento, los únicos pájaros capaces de desafiarlo eran los cuervos.

El furgón municipal llegó con retraso, envuelto en una negra nube de gasóleo. «¿Dónde está el cura?», me preguntaron al descargarlo. «El cura no viene», contesté.

Todo se desarrolló de manera rápida, el nicho ya estaba abierto, los hombres levantaron el ataúd y lo metieron dentro; después cerraron el nicho con una losa blanca. Para fijarla utilizaron un taladro. Alrededor sólo se oía ese ruido, y el graznido de los cuervos.

En vez de pronunciar un discurso, sus tres amigos —los únicos todavía vivos— se pusieron a cantar algo que se parecía a la *Internacional*. Cantaban débilmente, como pueden cantar las personas muy ancianas. El viento soplaba a ráfagas, las notas brotaban y enseguida volaban lejos. Yo los miraba y ellos no me miraban a mí. Tenían tres claveles rojos en las manos, los sostenían con una timidez torpe, como niños que no saben a quién dárselos. Fuera del nicho había un pequeño florero, pero estaba demasiado alto para que llegasen hasta él. Miraron un poco alrededor, indecisos sobre qué hacer, después abrieron los dedos y los claveles cayeron al suelo. Por la noche había llovido, el lodo del suelo había empapado los pétalos. Ya no eran flores, sino desechos.

Salimos uno detrás del otro, con la mirada baja. Delante de la cancela del cementerio di una propina a los sepultureros, después, sin decir palabra, estreché la mano a sus amigos. Hacia el sur, el color plomo del cielo se estaba abriendo en una hendidura más clara. Todo había terminado, estaba cerrado, cerrado para siempre.

Mi padre medía un metro ochenta y cinco y pesaba unos noventa kilos. Tenía unos zapatos enormes. Cuando era pequeño, yo metía mis pies dentro, para mí no eran zapatos, sino piraguas de la Polinesia, el batidor para las alfombras era el remo y así iba dando vueltas por la habitación.

Había nacido algún tiempo después de finalizar la gran guerra. Con su corpulento cuerpo había recorrido gran parte del siglo. Junto con él también lo habían hecho sus jugos gástricos, las neuronas cerebrales con sus ramificacio-

nes de dendritas, el corazón con sus ventrículos y válvulas, el ir y venir de sangre arterial y venosa, los huesos, los tendones, las esponjosas paredes de los pulmones, las lisas y resbaladizas del intestino. Durante ochenta años, ese conjunto de funciones que respondía al nombre de Renzo se había movido por el espacio y el tiempo. Había combatido por algo y contra algo; había gritado, vociferado, consumido un número indeterminado de hectolitros de bebidas alcohólicas. Había hecho vivir aterrorizada a mi madre y había divertido a los amigos en la taberna; había traído un hijo al mundo. Y precisamente aquel hijo, aquella mañana misma, lo había enterrado y había dado una propina a los sepultureros. Aquel hijo no estaba triste, sino asombrado. Tal vez ocurre siempre así cuando se va el último progenitor. De repente estamos solos, y en esa soledad cambian muchas cosas. Ya no somos hijos, ya no hay nadie contra quien actuar. El final que se adivina en el horizonte, dentro del orden natural, es el nuestro.

Mi madre decía que el mundo lo había hecho Dios, mi padre sostenía que a Dios se lo habían inventado los curas para que la gente se mantuviese tranquila. Yo, hasta determinado momento, preferí pensar en algo más sencillo, por ejemplo en un prestidigitador. En cierta ocasión había visto un espectáculo en el que un señor, a golpe de varita, sacaba un conejo de una chistera. Con la misma varita, poco después, recomponía una copa que estaba hecha añicos. Por lo tanto, con una varita se podían hacer un montón de cosas. También el director de la banda usaba una varita. Agitándola en el aire transformaba ese lío de garabatos negros sobre el papel en una música que hacía llorar.

Creí en el prestidigitador durante bastante tiempo. Después, de un día para el otro, ya no creí en nada. Ocurrió cuando se murió un compañero mío del colegio. Iba en bicicleta para comprar cigarrillos a su madre. Anocheceía y se



veía poco, un automóvil lo embistió y después lo aplastó. No éramos especialmente amigos, pero un día antes me había prestado su goma de borrar. De repente, su banco estaba vacío y la goma se quedó en el fondo de mi cartera. Ya no había nadie a quien devolvérsela, eso era todo. Antes estaba Damiano, y después, en su lugar, el vacío.

Habíamos acudido al funeral con guardapolvo y lazo al cuello; los dos más altos sostenían una gran corona. Para llegar al cementerio había que pasar por delante de su casa. La madre se había olvidado de recoger la ropa tendida, sus pantalones y sus camisas estaban todavía allí, colgando del cordel, batidos por el viento como banderas de un país desaparecido. Cuando el cura dijo «Pensamos en tu pequeña sonrisa allá arriba entre los prados del cielo» estallé en llanto. No lloraba de emoción, sino de rabia. ¿Por qué nos tomaban el pelo?, me preguntaba. Él ya no está en ninguna parte. La goma está fría en mi bolsillo.

Aquel día comprendí que era como esos faquires que, en la India, durante años viven acurrucados en lo alto de un palo. Estaba solo, sentado en la cúspide de un palo, con el vacío a mi alrededor, y, en la cabeza, mis pensamientos. Probablemente también los demás eran así, pero parecía que no se daban cuenta.

En cierta ocasión la maestra nos había explicado que los saprófitos eran uno de los cimientos en que se apoyaba nuestra existencia. Podían ser tanto plantas como animales, su obligación era la de descomponer todo aquello que un día había tenido vida propia. Dividían las moléculas complejas en simples. El amoníaco, los nitratos, el anhídrido carbónico de nuestro cuerpo ayudaban a crecer a las plantas. Los animales se comían las plantas y nosotros nos comíamos a los unos y a las otras. La cuadratura del círculo. Antes del vacío total estaban estas pequeñas criaturas, los humildes transformadores.

Mientras los amigos de mi padre mascullaban la *Internacional*, yo pensaba precisamente en ellos. Miraba a los tres viejos y me preguntaba si percibían bajo sus pies ese ansioso hormiguar. También ellos, en el fondo, no eran más que pienso para los saprófitos, y lo sabían. No era serio y amable pensar esto, pero no lograba quitármelo de la cabeza. Veinte años después, volvían a mi mente todas las fantasías infantiles sobre la muerte.

Cuando se fue la abuela, mi madre me explicó que la muerte es una especie de ficción, porque nunca se muere uno para siempre. «Algún día», me había dicho, «resonarán las trompetas del juicio. Esas trompetas serán una especie de gran despertador y todos saldrán de sus tumbas». Yo me había quedado perplejo. Ya conocía la existencia del paraíso, del purgatorio y del infierno. Por lo tanto, me preguntaba: ¿cómo puede ser eso? Cuando uno se muere va hacia arriba o hacia abajo, o bien se detiene algún tiempo a medio camino. Depende de si uno ha sido bueno o no. Entonces, ¿qué tenían que ver los féretros con las tapas abiertas? Ahí dentro no debía de haber ya nada. No lograba concebir por qué, de repente, era necesario que todos volviésemos a precipitarnos dentro de las tumbas, como para una concentración. Pensando en aquel asunto me acordaba de las mañanas en que, aunque estaba despierto, simulaba estar dormido. Me gustaba que me despertase mi madre, de manera que apenas oía sus pasos cerraba nuevamente los ojos, era una especie de juego. Tal vez algún día todas las personas muertas, para complacer a Dios, se limitarían a simular estar ya muertas. A la señal convenida, desde el infierno, el paraíso y el purgatorio, en una gran desbandada, irían corriendo a meterse precipitadamente todos en el sitio donde habían sido sepultados.

Pero aunque así hubiese sido, había de todas maneras unos problemas poco menos que insuperables. Yo había visto cómo habían encerrado a la abuela y sabía lo pequeña que era. ¿Cómo lograría liberarse de aquella tapa? Para

ella, hasta un mondadientes habría sido demasiado pesado. ¿Y todos los pobres diablos que habían sido despedazados en los campos de batalla? ¿Y los cuerpos de los soldados de Pirro y de Aníbal mezclados con los enormes cuerpos de los elefantes? ¿Cómo podía ser que, al resonar aquella trompeta, cada uno encontrase sus miembros? ¿Y si alguien, con las prisas, hubiese cogido la pierna de un enemigo, o, peor, la rótula de un elefante? ¿Qué pasaría? ¿Se habría presentado ante Dios con semejante chapuza? ¿Y los pobladores de la India, a los que nadie había puesto sobre aviso y que seguían haciéndose quemar? ¿También las cenizas podían resucitar?

Tras el funeral llegué a casa con estas ideas en la mente y enseguida busqué algo para beber. Sólo había media botella de un licor dulce, era todavía el que utilizaba mi madre para preparar las tartas. No tenía ya aroma alguno, pero igualmente contenía alcohol, de manera que bebí sin siquiera coger una copa. Hubiera querido recostarme, pero no era posible, tan sólo había un esmirriado pequeño sofá, de *skay*.

En aquel mismo sitio estuve sentado, con los pies que ni siquiera llegaban a tocar el suelo, cuando le había preguntado a mi madre: «¿Existe el diablo?» Ella estaba lavando los platos, veía su espalda con el delantal atado poco más arriba del trasero. «¿Qué se te ocurre?», había sido su respuesta vagamente sorprendida. Mi pregunta había sido neutralizada mediante otra pregunta. «Nada», había dicho yo entonces, encogiéndome de hombros.

Algunos días después había repetido la misma pregunta a mi padre. Se había echado a reír. «Claro que existe», había sido su respuesta, «el diablo son los fascistas». Entonces me quedó claro que ninguno de ellos estaba en condiciones de contestarme.

Pensaba a menudo en ese esqueleto con una guadaña en la mano, pintado en las paredes de la iglesia. Cortaba el heno, y el heno eran nuestras vidas. Si Dios, como decían, era bueno, ¿quién había inventado ese esqueleto? Tal vez Dios no era tan bueno. O tal vez era bueno pero distraído. O acaso había tenido un día de malhumor y ese día había creado el diablo. El diablo y la muerte.

Cuando mi madre me veía absorto, siempre me decía: «¿Por qué no vas al patio a jugar con los demás?»

Ahora ya nadie me decía nada. Había vuelto a casa. La casa estaba vacía y yo era mayor. Las preguntas que me planteaba eran las mismas que cuando no lograba, desde el sofá, tocar el suelo con los pies.

En cierta ocasión, en el cine dominical, había visto *Moby Dick*. Un instante antes de que la ballena irrumpiese fuera de las aguas, el proyector se había incendiado. Había habido una llamarada y enseguida, después, en la oscuridad de la sala, había vuelto a aparecer la sábana blanca.

Volvió a mi mente al pensar en mi pasado. ¿Qué había ocurrido durante todos esos años?

Me había escapado, había huido lejos. En aquella fuga me había ilusionado con construirme una vida diferente, después había regresado. Como un buen hijo, había entrado a mi padre y dado la propina a los sepultureros. Al darla me había dado cuenta de que a mis espaldas solamente había fotogramas quemados. El leviatán no había muerto ni desaparecido. Estaba todavía allí, apenas bajo la superficie del agua. Caminando por las habitaciones vacías entreveía su silueta, era amenazadora, grisácea, silente, todavía dispuesta a saltar afuera y destruirlo todo.

## II

La casa en que nací es un pequeño bloque de tres plantas construido a principios de los años cincuenta. Hormigón gris por fuera y escualidez interior, no hay nada que la embellezca. Las ventanas de la cocina dan a la calle, y las de los dormitorios al patio interior. Un patio en el que no crecen flores, sino chatarra de automóviles. Las persianas de plástico, antaño azules, ahora son de un color indefinido. En las escaleras hay un fuerte olor a humedad mezclado con el tufo a orines de gato. Al principio allí vivía solamente mi madre, después, cuando se casó, vino a vivir también mi padre.

Pese a que sobre el aparador hay una foto de ellos dos conmigo en brazos, pequeño, y pese a que ellos sonríen, no recuerdo un solo instante de mi pasado en el que, entre esas cuatro paredes, haya habido algo parecido a la felicidad. No digo la de las viejas películas americanas, donde todos hablan entre sí con morros de cervatillo. Me habría conformado con algo más simple, más esencial. Si pienso en algo físico, pienso en la cola tibia. Una cola que mantiene unidas las piezas. Yo estoy aquí y tú estás aquí cerca, la cola nos une, nos ayuda a entender qué es lo que hacemos. En vez de eso, nada. En aquella casa había dos personas y esas dos personas estaban tan próximas como una pared y un zapato. Después vino la tercera, y era a su vez otra cosa, por ejemplo una pala. La pared, el zapato y la pala vivían juntos bajo el mismo techo. Eso era todo.

Honra a tu padre y a tu madre. En determinado momento de mi vida, este mandamiento me había dado más miedo que cualquier otro. Ya había aprendido cómo nacen

los niños y la ley prepotente que hace avanzar el mundo. En un momento dado, todos los mamíferos entran en celo: los machos buscan a las hembras y así se produce el emparejamiento. La naturaleza tiene una fantasía tremenda, ha imaginado una infinidad de estratagemas para que esto pueda realizarse. A su manera se emparejan también los árboles. Todo avanza con esta música forzada.

Lentamente comprendí también que aquel mandamiento no quiere decir, como todos piensan, sé amable con tus progenitores, lleva a casa la vuelta justa de la compra y no contestes de mala manera. Quieren hacer creer a los niños que se trata de eso, pero no es verdad en lo más mínimo, es solamente una cobertura, un remiendo en el jersey para tapar el agujero. La verdad es bien distinta y resulta embarazoso hasta el mero hecho de intuirlo.

Honra a tu padre y a tu madre quiere decir: jamás imagines el instante en que te concibieron. Sigue pensando en cigüeñas y en coles, en bandadas de cigüeñas y latifundios de coles. Hazlo hasta el final de tus días porque, de lo contrario, deberías darte cuenta de que en aquel instante, en la mayor parte de los casos, no había un proyecto de amor, sino una urgencia mucho más terrenal. Nadie pensó en el ser que había de venir al mundo, nadie lo deseó, nadie esperó su diversidad, sus ojos, sus manos, su manera nueva de ver las cosas. Simplemente, había una comezón en alguna parte y esa comezón tenía que satisfacerse. Se produjo un instante de distracción, y, en ese instante, tu madre y tu padre se convirtieron en ti.

Naturalmente, hay excepciones. En el mundo siempre hay unos —pocos— afortunados, pero yo, a los catorce años, era consciente de no serlo. Miraba al gran ogro comer. Partía el pan en trozos, lo echaba dentro de la sopa, rumiaba con la mirada siempre baja. Le miraba comer y sabía que me había concebido de la misma manera. Mientras

de mórula me convertía en blástula, mientras mi ser crecía, él roncaba indecentemente con el aliento cargado y la boca abierta.

Estaba ya en los umbrales de la adolescencia. Me sentía como un animal en la postrimería del letargo. Durante todo el tiempo de la enseñanza media había pensado solamente en el vacío. En el vacío y en lo que había y en lo que no había detrás. Habían sido pensamientos empañados de tristeza, había melancolía en todo lo que yo hacía. A veces me pasaba tardes enteras en mi habitación mirando por la ventana. Mirando fijamente el vacío hasta se daba el caso de que me echase a llorar. Tan lejos iba en mis pensamientos que ya no lograba encontrar el camino para volver atrás. Estaba triste y paremos de contar, de alguna manera aquel llanto era una especie de consuelo.

En el colegio se habían dado cuenta de ese cambio. Habían citado a mi madre y le habían dicho: «no es normal, el chico se comporta como un viejo». También mi padre había percibido mi estado. Durante una cena, señalándome con la barbilla, había preguntado a mi madre: «¿Qué pasa? ¿Está enfermo?» Siempre me asombraba que nunca me dirigiese la palabra. ¿Acaso temía que yo hablase una lengua diferente? Cada vez que tenía que preguntar algo se dirigía a mi madre. «¿Adónde va?», preguntaba, o bien «¿Por qué vuelve a casa tan tarde?» Yo los miraba hablar, como un sordomudo, seguía la conversación de los labios del uno a los labios de la otra.

Este estado de apatía duró hasta los catorce años, o casi.

En aquella época se produjo una especie de deshielo de la escarcha interior. Era como si la sangre hubiese cambiado de color, de intensidad de circulación, de propulsión. Había en mí otra vitalidad, cada día era más alto y más fuerte. Con un poco de suerte genética podría llegar a ser